

## El silencio

A finales de marzo, la cotidianidad de un capitalino ordinario quedó silenciada por el grito de un virus que pronunciaba SARS-COV-2. Esta vocalización estremecedora, cuyas vibraciones retumbaban hasta el inframundo, provenía de Asia, pero se escuchaba en todo el mundo.

Los expertos internacionales en epidemiología ordenaron a todas las naciones guardar un periodo de confinamiento, para apaciguar la propagación del virus. La nueva pandemia, provocada por el SARS-COV-2, estaba a punto de revolucionar el concepto de cuarentena y, sobre todo, el de normalidad.

¿Qué se supone debe hacerse cuando desaparecen las dos horas para asearse, desayunar, y dejar todo listo para salir de casa e ir al trabajo, las ocho horas laborales remuneradas, las dos horas de traslado, y los pocos minutos al final del día para cenar, cepillarse los dientes y volver a la cama a esperar de nuevo a la rutina?, ¿qué se hace cuando los nombres de los días de la semana se diluyen en la contabilidad del aislamiento?, ¿en dónde quedan los rituales habituales que dan sentido a nuestra existencia? Estas eran tan sólo algunos cuestionamientos que muchos se hacían, y que planteaban un dilema existencial.

Temporalmente la vida tomó otro sentido. En el confinamiento se apreciaban mejor los detalles, las cosas que te hacían feliz y las que te irritaban; también los recuerdos que volvían a la mente, para arrancarte una sonrisa o provocarte el llanto, y las miradas familiares se volvían ajenas o se reimprimían conforme pasaban los días. Sucedió también que las estructuras de las casas mutaban cada hora, cada día; la sala era a veces un cine y otras tantas un gimnasio, el dormitorio se volvió la oficina por el día, mientras que por la noche seguía siendo el refugio de los sueños y la intimidad, la cocina y el comedor

suplieron a los restaurantes, la comida retomó su origen como centro de un ritual familiar y dejó de ser una mercancía más dentro del mercado. El hogar tomó más relevancia que la casa en sí misma.

Pero la voz del virus no era la única que resonaba en la ciudad, pues había otras que deseaban ser escuchadas pero que se ahogaron entre los muros de los hogares. Dentro las múltiples voces que se diluían estaban las de los trabajadores de la salud, que día con día enunciaban las buenas o las malas noticias, las de los capitalinos que debían escoger entre morir de hambre o morir de COVID-19, pero sobre todo, estaban aquellas de quienes sabían que jamás iban a volver a escuchar su nombre por la voz de un ser amado. Muchas voces se apagaron y otras tantas no volvieron a ser las mismas, pues el grito del virus ha quedado impregnado como un zumbido inquietante en los oídos de miles de personas. La normalidad ha quedado silenciada, temporalmente.

César Mirafuentes de la Rosa

Testimonio

Estudiante

Posgrado en Ciencias Económicas-UAM Xochimilco